

NARRATIVA



*...la imagen del último escritor, de aquel con quien desaparecerá  
-porque, tarde o temprano, eso ha de ocurrir-,  
sin que nadie pueda presenciarlo,  
el pequeño misterio de la literatura.*

**Enrique Vila-Matas**

# La muerte de la imaginación

**MANUEL R. MONTES**

42



F

ue una reyerta sin tregua, breve y silenciosa, aunque no por ello menos encarnizada. Último Escritor : *Hacker*.

Todo comenzó a terminar por dos razones: la deforestación había propiciado la bancarrota de las industrias papeleras y los libros electrónicos ganaban terreno frente a cualquier texto encuadernado, objeto metódicamente proscrito a base de estratégicos incendios de bibliotecas decretados por el régimen. Finalizaba la epopeya rotativa que iniciara Tsua-Lun, continuada por Gutenberg y llevada hasta su plenitud con las impresoras láser. Hasta entonces, las editoriales lamentaron haber comercializado con bibliografías que más allá de sus retribuciones económicas no representaban sino un cúmulo de desabridas frases comunes, pastura destinada a las masas y repartida en tirajes garrafales: papel desechable, malamente desechado. El otro factor, tanto o más angustiante, lo desencadenó un *software* basado en un principio fundamentalista de carácter impersonal que profesaba la convicción de que los libros de mayor trascendencia para la era humana carecían de autoría certera (*El Talmud, La Biblia, Las mil y una noches, La Ilíada, El Corán, El libro popular del Doctor Fausto*), pretexto que, según la lógica de sus aplicaciones, lo autorizaba para trasladar a su banco de datos hasta la más nimia característica de una obra literaria y, una vez reconocidas sus propiedades, reconstruirla de tal manera que en cuanto a originalidad superara a los originales. Así, el mérito del autor era neutralizado. Dicho programa estimaba un porcentaje ilimitado de combinaciones sintácticas (aquellas que inquietaron a Poe por su realización inalcanzable), y rescribía la obra en tal número de versiones, todas brillantes, todas excepcionales y únicas, que el lector, fracasando, intentaba recordar el formato tradicional de la novela que frente a sus ojos iba transformándose a destajo. Digamos que el usuario finalizaba *Moby Dick* por la noche y ya en el sueño vislumbrara una imagen subjetiva del mayestático cetáceo, y supongamos que, por curiosidad, el mismo usuario pretendiera reafirmar alguna línea en su memoria al día siguiente, previamente anotado el número de la página en la palma de su mano. El desmañado lector se toparía no con la misma página ni con una diferente o traslapada, simplemente se hallaría frente a una página magistral, distinta, sí, de la anterior, aunque mejorada hasta lo inusitado. Nuevos adjetivos, sinónimos más adecuados y dispuestos con mayor precisión recubrían toda errata. Con una rapidez inconcebible en un hombre, el programa manipulaba los datos coligiendo un rango de cantidad proporcional que obedecía el siguiente precepto tremendista: los desenlaces de una historia se multiplicaban por un millar de acuerdo al número de letras empleadas para su composición. Tomando en cuenta que dicha cifra variaba conforme variaban las versiones de un texto, el resultado de tal multiplicación arrojaba medidas monstruosas. Confundido, el lector de *Moby Dick* olvidaría la frase buscada, pero encontraría otra de mayor calibre y, en sus raptos evocativos, la ballena blanca mudaría su tono a negro o a carmesí, o dejaría incluso de ser una ballena o todos los géneros habidos de ballena para pasar a fundirse en otras especies animales, cuantas veces se relevara la misma obra que nunca era la misma.

Los alcances del *software*, cuyo creador denominó *Pentimenti*, habían sido corroborados, a regañadientes, por los críticos literarios, quienes aludieron en un principio a la cumplimentación de una profecía borgesiana. Defendieron con tozudez que se trataba de una variación anómala del mítico libro de arena. Sus argumentaciones fueron desoídas y en cuanto les fue posible se negaron a tomar el asunto con demasiada seriedad, sin embargo, al analizar con detenimiento la eficacia de la «herramienta maligna» (así la llamaron), que destronaba al acto creativo en fracciones de segundo, dejaron de rebatir y se recluyeron en sus solitarias habitaciones para pegarse un tiro. No era para menos: la literatura, como tal, había muerto, también suicidada.

Frente a la creciente dominación de esta novedad tecnológica, los escritores auténticos, modelos primitivos del *Pentimenti* que tardaban semanas en dar con la línea imposible (operación que el programa ejecutaba instantáneamente) abandonaron el oficio no sólo porque el régimen privatizara el uso de la palabra escrita hacía ya medio siglo, sino porque nadie se interesaba ya por la escritura, nadie la conocía en esencia y nadie, *ahora sí*, tenía nada que decir porque todo estaba dicho o sería dicho en su momento por el *software*. Cualquier chispa de genio que brotara de una mente inquieta sería copiada, rescrita, aumentada y optimizada, dejando al autor primigenio en ridículo. (Todo se anotaba en ordenadores y todos los ordenadores estaban intervenidos.)

Se presumía que *Hacker*, responsable de estas ingeniosas infamias, laboraba en una ensambladora de computadoras y que había instalado subrepticamente el programa en cada prototipo. Las que por algún azar providencial habían esquivado esta maniobra se infectaban nada más con ingresar a Internet, medio cooptado por la policía totalitarista encargada de difundir no más que corolarios derivados de la Sistemática Opresiva, que frenaba la intromisión de mundos paralelos en la realidad. Lo escrito hasta entonces poco a poco se diluyó a causa de la supremacía de las imposturas. Desaparecieron, entre cientos de miles, *El Quijote*, *La divina comedia* y *La metamorfosis*, que presentaba a un insufrible Gregorio Samsa mutando infinitamente.

Consistía el plagio en descargar un archivo completo (una novela, un cuento, un poema, una obra teatral), copiarlo en un documento nuevo del *Pentimenti* y traspasarlo a un formato específico, lo que bastaba para que el texto sufriera una fragmentación en binario para luego ser reconstruido a gran velocidad. Posteriormente, un sensor examinaba los párrafos frase por frase, transfiriendo sus elementos a una sintaxis distinta y, una vez que llegaba al punto final, regresaba al enunciado de inicio y reanudaba el procedimiento, con lo que el usuario debía leer más rápido que el sensor, de otro modo jamás terminaría la versión expuesta de la obra, éxito poco frecuente teniendo en cuenta la rapidez del dispositivo y la incapacidad humana de leer sin pausas. Se pensó que un relato breve, un aforismo o un haikú zanjaban el dilema. Error: cuanto más breve, menos legible, puesto que el sensor subía y bajaba de la primera letra a la última efectuando sus ensambles con tal prisa que el ejercicio de lectura se volvía torturante.

Al abandonar su apartamento, ubicado en los suburbios, recogió un envoltorio de papel atado con cinta que se hallaba frente a la puerta. Lo abrió sin reservas –su identidad era desconocida, y un

atentado, dadas las condiciones de aislamiento en que vivía, era poco factible–. *Hacker*, quien desde hacía mucho no se conmovía y cuya capacidad de asombro flotaba en alguna nebulosa de algoritmos o rutas cibernéticas violentadas, percibió en ese momento una remoción, una fisura en la capa inflexible de sus certezas. Revivieron en él las arcanas perturbaciones de la sorpresa al ver que le hacían llegar un objeto proveniente de épocas inmemoriales, fuera de toda proporción temporal, un objeto nunca visto al menos desde hacía tres o cuatro generaciones: un libro. *La muerte de la imaginación* era el título, y estaba elaborado a la usanza antigua: *siete pliegos divididos en 16 páginas, impresos en offset 1x1 tintas sobre papel bond ahuesado de 90 gramos, con cubiertas impresas en offset 4x0 tintas sobre cartulina couché sulfatada de 12 puntos con plastificado mate al frente, cosidos entre sí y luego pegados a hot melt*. El elemento más inquietante era la familia tipográfica aplicada o, mejor dicho, la sustitución de ésta por una caligrafía portentosa. Era, en suma, un original manuscrito, lo que con tanto afán *Hacker* se ensañaba en abolir. Tal entrega a domicilio, que presumía además la existencia de una imprenta, le produjo un contragolpe de pánico. Sabía que la puesta en circulación de su *Pentimenti* generó despliegues de odio; que especialistas e ignorantes de la literatura, notables y pésimos escritores, lo aborrecieron por la magnitud de lo que había procreado desde su mísera vivienda, encorvado frente al monitor. Aunque el desprecio generalizado no lo hería, ya que se originaba lejos de su intimidad, en un entorno que le era desconocido y que no afectaba su placidez anónima, la situación se tornaba delicada al saberse descubierto por alguien que podía no sólo escribir, sino *fabricar libros*.

Ubicó temblorosamente la última página del vestigio y consultó el tiraje: un millón.

¿Dónde, cómo y bajo qué condiciones era aquello posible? Quizá los siete dígitos ensalzados en el colofón fuesen un embuste. No podría haber nadie capaz de sacar a la luz tal cantidad de ejemplares valiéndose de sus propios medios. («Con todo, lo más probable es que el argumento de estos papeles prehistóricos ya haya sido agotado por mi *software*».) Pero no era así. La novela resultó magnífica, o parecía

**Nadie esperaba que la obra anhelada durante meses de tensión y enardecimiento se tratara no de un objeto idílico con los folios encuadernados que reanimaría el sueño de las lecturas bajo la sombra de los árboles.**

magnífica al tratarse de la última concebida por un pulso netamente humano. *Hacker*, al terminar de leerla (doscientas páginas a lo más) intentó escanear cada renglón de tinta, convertirlo al formato específico y someter el *corpus* a las argucias del *Pentimenti*. Algo no marchó. Los caligramas del autor eran inasibles, escapaban al láser y aparecían en la pantalla como una ristra de garabatos confusos. Volvió a intentar. Imposible. Había que emplear otra táctica: el viejo programa acústico de dictado. Así, un micrófono y una voz atropellada dieron cuenta del legajo mientras éste aparecía transcrito en una plana obsoleta de *Word*.

Al cabo de varias horas y concluido un monólogo febril, la novela fue plagiada.

Y el rústico ejemplar crepitó, silencioso, dentro de una cuarteada chimenea.

Ya sin distracciones, *Hacker* continuó abocándose a la realización de su cometido destructivo. Para acrecentar la versatilidad de su capricho, no se cuidaba de entrometerse con otros productos del intelecto humano como las ciencias física, matemática y psicológica, que al ser filtradas a través del *Pentimenti* reorganizaban la concepción del cosmos sin miramiento, descomponiendo el universo con una desproporción que empezaba a enmarañar contrariedades. El *Pentimenti* desarticulaba también las actas constitutivas, ofreciendo una suma irrealizable de naciones platónicas, lo que provocó la ira manifiesta del régimen, que veía derrocados sus estatutos a causa de un juguete macabro que urgía ser suprimido, pues allanaba con el mismo desparpajo las bibliotecas virtuales de todos los continentes, descargaba el acervo completo y lo hacía trizas en minutos, es decir, lo depuraba a tal grado que la perfección de la obra resultaba desconcertante y el carácter transitorio de su factura comenzaba a devaluar los alcances objetivos del contenido.

*Hacker* se mantenía al tanto de los acontecimientos externos a su hibernación a través de un servidor que suplantaba a los periódicos y renovaba las notas informativas minuto a minuto. En uno de sus descansos poco frecuentes, leyó un encabezado que le trajo de vuelta aquella sensación inexplicable que lo sobrecogiera al salir de su apartamento: *La literatura ha renacido*. Líneas abajo, el cable detallaba la «buena nueva»: *En el centro de la ciudad, un conglomerado de profesores, intelectuales*

*y jóvenes estudiantes se reunieron ayer por la tarde para dar lectura en voz alta a un texto sin autoría titulado La muerte de la imaginación. El libro, que ha conmocionado a sus propietarios, no es electrónico, sino «tangible». Los asistentes al acto colectivo manifestaron su excitación por el simple hecho de pasar la página, una página real, impresa. Pese a que La muerte de la imaginación es una novela anónima, narrativamente pobre y limitada, los poseedores del volumen han apodado Último Escritor al desconocido que les hizo llegar los facsímiles en envoltorios de papel atados con cinta. Este personaje, así como las circunstancias hipotéticas en las que logró pergeñar una edición inusitada de pliegos escritos a mano, comportan un misterio que comienza a fascinar a los lectores que habían estado padeciendo la transformación radical de la literatura debido a un programa de piratería computarizada que sembró el desconcierto a principios de esta década. Hay esperanzas, pues, de que un imaginario natural esté proyectando experiencias personales a través de la escritura, fenómeno que tiene seriamente preocupadas a las autoridades.*

*Hacker* no había merecido el aluvión reporteril que aquel autor de poca monta incitaba por haber distribuido un libro común y corriente. Quizá nadie leería (o intentaría leer) las titánicas obras reproducidas por el *software*, en espera quizá de recibir una segunda entrega del nuevo acólito de las letras.

Último Escritor, omitiendo el amarillismo y la histeria de sus nuevos fanáticos, que se multiplicaban superlativamente, se mantenía al margen, justo como hacía su resentida contraparte, ambos sin develar identidades, lo que movió a sostener en algunos criterios que tanto uno como el otro eran la misma persona, argumento que, por trillado, tuvo que descartarse. El inconsciente colectivo se dejaba seducir más por la creencia de que, sobre los escombros de la tierra, dos fuerzas contrarias lidiaban una batalla en la que el futuro de la escritura, su desaparición definitiva o su continuidad, estaban en juego.

Mientras *Hacker* seguía plagiando, Último Escritor se ensimismaba en lo que todos suponían era la secuela de su enigmática ópera prima. Se intensificaba el rumor de que escribía en la memoria por temor a extraviar su texto una vez vaciado a la computadora. En el instante menos previsto, un hombre aparecería de la nada y comenzaría a deshilar su última creación. Ansiosos por acoger una doctrina alterna, los oyentes decantarían el flujo verbal adoptándolo como credo, ya que las ficciones religiosas, los profetas y escribas, así como todo libro mesiánico, estaban siendo avasallados por la soberbia profana del *Pentimenti*. Se barruntó incluso que la literatura involucionaba

**Los alcances del software, cuyo creador denominó *Pentimenti*, habían sido corroborados, a regañadientes, por los críticos literarios, quienes aludieron en un principio a la cumplimentación de una profecía borgesiana.**

hacia una degustación meramente fonética de la palabra.

Nadie esperaba que la obra anhelada durante meses de tensión y enardecimiento se tratara no de un objeto idílico con los folios encuadernados que reanimaría el sueño de las lecturas bajo la sombra de los árboles. En menos del plazo calculado, el segundo envoltorio fue expedido. Contenía una sola nota o especie de telegrama garrapateado en un papel imposiblemente blanco: *Me llaman Último Escritor. Se equivocan. Soy el primero. Antes de mí no hay nada. He terminado con todo. La literatura ha muerto. Y con ella, la imaginación. Tal es el preámbulo de lo que adviene, así como mi libro es el primero de una serie que no se escribirá jamás.*

*Hacker* fue el elegido para recibir, antes que nadie, el infausto recado, después de lo cual intuyó, con pasmo, la derrota. Dilucidó que su rival no escribía: programaba. Y se apostó en su computadora para ratificar lo inevitable. Un asalto maestro: el *Pentimenti* había sido bloqueado desde otro procesador, las versiones arbitrarias de los textos dejaron de fluir y, en su lugar, una sarta de criptogramas palpitantes atestaba la pantalla.

(¿Sería válida, por ejemplo, una persecución entre impostores, que apuraría, lo más seguro, un innecesario derramamiento de sangre? ¿Acaso una repentina sed homicida bastaba para resarcir el daño? ¿Y qué ganancia podía acarrear una insignificante muerte humana?)

A *Hacker* le tomó un par de minutos ubicar la dirección postal del usuario que se había filtrado impunemente hasta su centro de operaciones y salió de su apartamento para no volver jamás, sin reparar en el impulso absurdo que alentaba sus ansias de captura.

Se toparon a medio camino. Omitieron el uso del habla. El desperdicio de palabras, cometido por ambos, dejaba de ser indispensable. El encuentro de dos jóvenes menores de veinte años entre la marejada de transeúntes pasó desapercibido. Se acercaron hasta una distancia que posibilitó el escrutinio de los gestos. La magnitud de sus conjuras devino en una sonrisa sardónica que afloró simultáneamente y los ayudó a reconocerse. Último Escritor no congeniaba con el retrato predeterminado que agobiara las figuraciones de *Hacker*. Su apariencia real desmentía la estampa sacralizada por la muchedumbre. No se trataba de un hombre entrado en años, con anteojos y barba cerrada, coderas de piel bordadas en el saco y un maletín repleto de manuscritos, cabello hirsuto y suelas desastradas. Por el contrario, erguido en la acera había un muchacho enjuto, con la cabeza rapada, enfundado en un atuendo deportivo. Frente a él, y en lugar de un adolescente pálido, con las pupilas agostadas por el es-

trabismo, un joven de mirada penetrante, alto y robusto, se dejaba contemplar sin oponerse al inventario que se hacía de su persona, como quien espera el veredicto de un examen profesional ante los sinodales. La confrontación no superó los diez segundos. Una cuadrilla de agentes dio con el par de rapaces, quienes todo lo que hicieron fue someterse al arresto sin chistar.

A uno lo inculparon por la fabricación de un dispositivo que había violentado documentos oficiales y tergiversado la información del régimen, modificando sus leyes en detrimento del honor, los principios civiles, religiosos y políticos, alentando con ello la sedición de los habitantes. El otro fue apresado por hurtar las últimas reservas de papel que celosamente custodiaba el Departamento de Conservación hasta entonces mantenido en secreto, por utilizar las imprentas allí resguardadas como patrimonio nacional y por aprovechar su posición de empleado de dicha dependencia para efectuar un acto presumiblemente artístico que no había hecho sino distraer a la sociedad de sus labores y acrecentar el número de inconformes.

Fueron conducidos a un pabellón donde permanecieron renuentes al diálogo, sentados en el piso de lámina con las espaldas apoyadas en una pared de metal frío. Seguían observándose con detenimiento y se cuestionaban sin pronunciar palabra. Luego, se les aproximó un sujeto en uniforme. Tuvo lugar un interrogatorio que, por la ausencia de respuestas a favor o en contra, facilitó la sentencia: pena capital.

Murieron al mismo tiempo, recostados boca arriba. Por sus venas transitó la sustancia mortífera hasta que sobrevino el deceso. El desenlace de sus vidas carecía de encanto, de atractivo para la posteridad. Dentro del margen de probabilidades para fenecer, les tocaba el menos ingenioso. Con toda certeza, el *Pentimenti* hubiese tramado un final impredecible. Pocos segundos antes del último latido, su inventor maldijo la vida humana, valiéndose de un grito malogrado que los ejecutores estimaron como el suspiro terminal: la maldijo por su fealdad, por su pobreza estética, por su reducido marco de experiencias: no más que un marasmo de tiempo unidimensional y doloroso, tanto que allí, en una cámara aislada, con un reloj de pared

**Al cabo de varias horas y concluido un monólogo febril, la novela fue plagiada.**

como único testigo, yacían dos enemigos victimados por un tercer contrincante que había interferido en su gesta siguiendo un desangelado patrón burocrático.

Ni *Hacker* ni Último Escritor imaginaron que sus cadáveres serían escrupulosamente incinerados.

Sus cuerpos quemados como libros.

El régimen ofreció cuantiosas recompensas para quienes entregaran al menos una copia de *La muerte de la imaginación*. En menos de diez días se recabaron todos los ejemplares. Apilados al centro de la misma plaza en la que meses antes fueran leídos con devoción, los últimos descendientes de la literatura perecieron de la misma manera en que había perecido su infortunado hacedor. El fuego los consumió una tarde invernal, tras una ceremonia de rutina que no conmovió a ninguno de los allí reunidos, que habían asistido obligatoriamente para presenciar el escarmiento.

El régimen aprovechó el desorden estadístico ocasionado por el *software* y el posterior bloqueo de éste para rescribir la historia de acuerdo a sus intereses, omitiendo de paso toda referencia a lo que alguna vez se apodó LITERATURA. Desde las tablillas sumerias hasta los libros electrónicos, toda alusión a la escritura como medio de expresión fue suprimida. Pocos se atrevieron a relatar cualquier vivencia ante la amenaza de ser perseguidos o torturados. Las nuevas generaciones desconocieron el uso de la palabra, pues nacían desprovistas de cuerdas vocales y lengua.

Hasta el resuello apocalíptico de la tierra, germinaría el silencio como única mediación entre los hombres.

